

**PRACTICAS FUNERARIAS
COMO EXPRESIONES POLITICAS:
UNA PERSPECTIVA DESDE EL
SUROCCIDENTE DE COLOMBIA**

Cristóbal Gnecco*

* Departamento de Antropología Universidad del Cauca, Popayán.

Revista Colombiana de Antropología, vol XXXII. 1995

For many years archaeologists have been successfully analysing funerary practices as expressions of hierarchical political structures. In southwestern Colombia, where complex societies apparently flourished from about 2000 BP (a statement that has yet to be confirmed), this kind of analysis is fairly recent. This article examines the sometimes ambivalent relationship between models constructed explicitly to interpret funerary practices in political terms and the archaeological evidence for such practices in this part of Colombia.

INTRODUCCION

La arqueología ha usado la ecuación entre prácticas funerarias y prácticas políticas desde hace muchos años, primero de manera tácita y, desde los tiempos de la Nueva Arqueología, como parte de una agenda programática (cf. Binford 1972). El uso más extendido de la ecuación ha sido en la identificación de sociedades complejas, sobre todo en su desarrollo inicial (varias referencias), cuando las prácticas funerarias muestran algún tipo de diferenciación al interior de la unidad social. Aunque existen sociedades igualitarias que tienen prácticas funerarias diferenciadas (Binford 1962), lo cierto es que la investigación arqueológica ha alcanzado un grado de resolución suficiente para sugerir, con alguna certeza, que las prácticas funerarias diferenciadas son manifestación de un orden político no igualitario, cuando pueden ser analizadas en el marco de otras variables igualmente indicativas de complejidad social.

En el suroccidente de Colombia, una de las regiones del país con una larga tradición de investigaciones arqueológicas, se ha puesto al descubierto desde hace varias décadas una enorme cantidad de información sobre prácticas funerarias aparentemente relacionadas con sociedades complejas, pero sólo en los últimos años se han formulado varios modelos para explicarlas. En este artículo exploro la relación que existe entre esos modelos y los datos que les dieron origen.

MODELOS EN ARQUEOLOGIA

Los modelos son parte del repertorio que la práctica científica tiene para escaparse de la prisión empírica. Las investigaciones científicas empiezan cuando un modelo, no importa que tan primitivo, reemplaza los velos del misticismo que habían rodeado un problema hasta entonces (Aicken 1984:76). Los modelos son invenciones conceptuales que se construyen para explicar algún aspecto del mundo fenoménico; en otras palabras, relacionan observaciones con ideas teóricas (Clarke 1972:1). Como Dalton (1981:43) ha señalado con claridad, los científicos inventan, no descubren los modelos. Aunque en este sentido no queda otro camino que reconocer que los modelos son ilusorios (cf. Aicken 1984:74), su papel está más que justificado cuando permiten explicar algún fenómeno o sistema de fenómenos, obviamente dentro de los límites impuestos por su misma naturaleza. En suma, los modelos no son la realidad sino una representación simplificada de ella; por necesidad, además, los modelos son representaciones parciales de la realidad, lo que permite explicar observaciones complejas a través de la eliminación selectiva de detalles incidentales (Clarke 1972:2).

El uso de modelos en arqueología es inevitable (Ibid:3); es más, prescindir de ellos aleja las posibilidades de formular hipótesis coherentes y articuladas, de contribuir a la construcción de teoría, y, en suma, de explicar los fenómenos arqueológicos. Si la argumentación analógica es una de las herramientas más poderosas de las explicaciones arqueológicas, entonces la construcción de modelos explicativos —normalmente a partir de datos etnográficos e históricos (cf. Clarke 1972)— es necesaria en la traducción de estática a dinámica. Los modelos sirven para extraer las similitudes esenciales —lo que Dalton (1981) llamó los “atributos centrales”— de la diversidad fenoménica. Clarke (1978:36), sin embargo, fue claro al señalar que el uso de modelos en arqueología debe hacerse en una dimensión politética, es decir, la base analógica y el referente fenoménico arqueológico pueden compartir un rango grande de semejanzas pero igualmente de diferencias (véase Dalton 1981). Si esto no fuera así estaríamos hablando de identidad, no de analogía (Clarke 1972:2), y el uso de los modelos se vería irremediabilmente restringido, si no condenado.

La gran utilidad de los modelos es que no son solamente interpretativos sino que permiten organizar (sistematizar) datos que de otra manera estarían aislados; permiten, además, realizar predicciones (Achinstein 1968:218; Clarke 1972:2). En este último sentido los modelos sirven para

indicar qué buscar; debe ser claro, sin embargo, que esta capacidad predictiva opera dentro de una dimensión paradigmática.

PRACTICAS FUNERARIAS EN EL SUROCCIDENTE DE COLOMBIA

Los datos sobre prácticas funerarias conforman la más abundante información arqueológica en el suroccidente de Colombia en los dos milenios anteriores a la conquista. Se ha afirmado reiteradamente que esas prácticas, junto con otras líneas de evidencia como patrones demográficos y arquitectura no funeraria, son prueba de la existencia de sociedades complejas en el área, desde hace por lo menos 2000 años. Aunque ya existen buenos argumentos para creer que ésto es cierto (o parcialmente cierto), en realidad esta afirmación debe aun ser probada a satisfacción; sin embargo, en este artículo asumo que es cierta. Las características más salientes pueden resumirse en la existencia de construcciones monumentales, incluyendo el uso de templetos, montículos funerarios y estatuaria (Duque y Cubillos 1979, 1988; Cubillos 1980, 1986; Drennan 1991; Drennan *et al* 1990, 1991) considerados como enterramiento de élite (cf. Herrera *et al.* 1982-3:392; Reichel-Dolmatoff 1987:142-143; Cardale *et al.* 1989:5; Drennan 1991:283, 1995; Drennan *et al.* 1991:298; Drennan y Quattrin 1995); enterramiento de "bienes de élite" (*sensu* Meillassoux 1978) o "valores primitivos" (*sensu* Dalton 1981) en contextos funerarios (Duque y Cubillos 1979; Uribe 1978; Reichel-Dolmatoff 1987; Cardale *et al.* 1992; Patiño y Gnecco 1992); y finalmente la similitud iconográfica en algunas piezas manufacturadas encontradas en varios tipos de enterramientos en el área (Cubillos 1945; Pérez de Barradas 1954, 1958; Plazas 1978, 1983; Cardale *et al.* 1988; Gnecco y Martínez 1995).

Otras características menos comunes son la localización de los enterramientos monumentales en recintos ceremoniales situados en centros de concentración poblacional (Drennan 1994; Drennan *et al.* 1991) y la existencia de enterramientos que contienen "bienes de elite" y que son estructuralmente diferentes y más complejos (en construcción, en ajuar funerario y en la distribución espacial de los elementos constitutivos de los enterramientos) que otros situados en su periferia en un mismo cementerio (Uribe y Lleras 1984; Gnecco 1995b; véase Cadavid y Ordoñez 1992; Cardale 1992:57).

MODELOS INTERPRETATIVOS

Aunque abundantes en el contexto colombiano, los datos sobre prácticas funerarias en el suroccidente son escasos si se los compara con otras partes del mundo o incluso de América. Sin embargo, este grupo de datos ha sido interpretado no con uno sino con cuatro modelos, un número singularmente alto en cualquier zona y período. Ante este hecho uno bien podría preguntarse si la construcción de modelos que expliquen esos datos integrándolos a un sistema cultural, sobre todo en cuanto iconos de expresiones políticas, debe esperar a la consecución de datos cuantitativa y cualitativamente más ricos. Como bien ha argumentado Drennan (1994), la respuesta es negativa. La construcción de modelos interpretativos no puede esperar a que suceda una acumulación de datos "suficiente" como para que su génesis esté garantizada. Los modelos no son el resultado necesario de agregaciones empíricas: no existe una relación entre la utilidad de un modelo y la cantidad de datos en los que se basa (Flannery 1967:122). Además, la dimensión paradigmática de los modelos, ya explorada por David Clarke (1972), hace que las hipótesis que contienen guíen la consecución de datos específicos que de otra manera pasarían desapercibidos (cf. Drennan 1994). La falta de datos crea dificultad para evaluar los modelos ofrecidos para explicarlos, pero de ninguna manera invalida su construcción. Más aun, si se considera que la verificación de ciertos modelos puede involucrar aspectos generales de teoría arqueológica, como procesos de cambio social, entonces su construcción no puede ser cuestionada con base en la ausencia de ciertos datos (véase Nagel 1961:107-108 sobre el papel de los modelos en la construcción de nuevas teorías).

Actualmente existen cuatro modelos que pretenden explicar los datos funerarios del suroccidente de Colombia o de alguna de sus regiones. Estos son los de Langebaek (1993), Drennan (1994), Uribe (1994) y Gnecco (1996).

El modelo de Langebaek (1993) es comprensivo e incluye todos los marcadores de estilo, sobre todo los que se encuentran en contextos funerarios. La hipótesis central del modelo es que en el desarrollo inicial de las sociedades complejas del suroccidente, i.e., hasta hace unos 1.000 años, las elites usaron marcadores de prestigio (o bienes de elite) provenientes de culturas foráneas o producidos localmente pero con iconografía importada; por el contrario, la consolidación de las elites de esas sociedades no requirió del uso de bienes foráneos, por lo que los marcadores de prestigio fueron exclusivamente locales. En cuanto a las evidencias funerarias el

resultado es simple: en la fase de complejidad inicial las diferencias de estatus estarían marcadas por la monumentalidad de los enterramientos y, sobre todo, por la presencia en las tumbas de élite de objetos foráneos, presumiblemente de muy difícil adquisición y, por lo tanto, de acceso restringido; en la fase de consolidación, en cambio, las diferencias estarían marcadas por el volumen de bienes locales enterrados.

Drennan (1994; véase también Drennan 1991) ha propuesto un modelo limitado al Alto Magdalena. Según su interpretación, las prácticas funerarias del área ejemplifican una trayectoria en complejidad social que va desde el surgimiento de elites que legitimaron el poder a través de su vinculación simbólica con caciques muertos particularmente poderosos, legitimación que no involucró diferencias de riqueza, hasta elites que ejercieron control a partir de una mayor institucionalización de las jerarquías o sobre recursos de alguna clase. Lo primero daría cuenta de las construcciones funerarias monumentales del llamado Clásico Regional (2000-1200 A.P.), sin diferencias notables de ofrendas, y se explicaría por el incipiente desarrollo institucional de las posiciones de poder; la gran dimensión de las obras públicas (tumbas que revelan prestigio individual) indicaría que una gran porción de los recursos movilizados en las economías locales participó en la glorificación del estatus de ciertos caciques. Lo segundo daría cuenta de la desaparición de esas construcciones durante el subsiguiente Período Reciente y de la posible aparición de construcciones monumentales no funerarias. En esta trayectoria no hubo retroceso demográfico ni político sino una tendencia hacia el aumento absoluto de población y hacia la concentración en pocos núcleos poblacionales, lo que Drennan atribuye a una creciente centralización política; ésta, desde luego, debió estar acompañada de un mayor poder de las elites. Notorio en el modelo de Drennan es el hecho que no existió un paralelismo estereotípico entre costumbres funerarias y complejidad social: mientras esta última aumentó —lo que quiere decir que hubo un desarrollo más estructural del poder político—, las construcciones monumentales (montículos, “templetes” y estatuas) que han hecho famoso al Alto Magdalena desaparecieron.

El modelo de Uribe (1994; véase Uribe 1995) explica lo que ella considera distintas trayectorias de los cacicazgos colombianos del norte de los Andes y del suroccidente; para hacerlo examina contextos orfebres, la mayoría de ellos funerarios. La idea de Uribe es que las formaciones sociales del suroccidente alcanzaron un nivel cacical antes que las del norte de los Andes, pero no lograron consolidarse, a diferencia de estas últimas, que en la época del contacto estaban estructuradas, incluso, en federaciones cacicales. Para Uribe, como para Drennan (1994), tampoco hubo con-

trol económico por parte de las elites de los cacicazgos del suroccidente sino acumulación de "capital simbólico" (alianzas extra e intra grupales, conocimiento esotérico, bienes de élite) traducido en prestigio personal. Dos aspectos del modelo deben ser resaltados: (a) como en el modelo de Drennan, la acumulación de capital simbólico evidente en el registro arqueológico, bienes funerarios, ocurrió a nivel de individuos pero no de posiciones de poder; es decir, el estatus político no fue adscrito; (b) las expresiones de estatus pudieron desplazarse de una forma de capital simbólico a otra a través del tiempo, lo que es evidente sólo en el Alto Magdalena: de enterramientos monumentales (con estatuaria asociada, tumbas de cancel y montículos) con poco o ningún ajuar a tumbas no monumentales con ajuares diferenciados (algunas con bienes de élite, otras con bienes de uso doméstico). Esta misma idea está expresada en Drennan (1994) de manera embrionaria.

Finalmente, Gnecco (1996) propuso que la similitud iconográfica existente en bienes de elites encontrados en contextos funerarios del suroccidente entre 2500 y 1000 A.P. es un epifenómeno de una extensa, inestable y compleja red de alianzas entre las elites de varias sociedades complejas, a través de la cual se legitimó su uso del poder desde un espacio de control básicamente simbólico. En ese sentido, esos bienes de élite fueron iconos de interacciones sociales concretas, intercambio entre elites, durante un lapso de unos mil años y en toda esa área. Es durante este tiempo que se observa una marcada similitud tecnológica, formal e iconográfica en algunos objetos manufacturados, fundamentalmente metalúrgicos. En ese modelo, entonces, los bienes de élite son iconos de legitimación del poder y la similitud iconográfica existente en todo el área entre 2500 y 1000 A.P. es el producto del intercambio, de objetos o simplemente de iconografía, entre las elites.

En el modelo de Gnecco (1996) la evidencia sobre costumbres funerarias en distintas regiones del suroccidente indica que las formaciones complejas incipientes cuyas elites no lograron legitimarse a través de un control económico colapsaron, mientras que aquellas formaciones cuyas elites sí lo hicieron accedieron a niveles mayores de complejidad. Las primeras ejemplificarían la inestabilidad propia de cacicazgos incipientes y las otras la relativa estabilidad política alcanzada por cacicazgos más complejos y centralizados. Las diferentes trayectorias estarían marcadas, entonces, por un colapso de las alianzas inter-elites y la consecuente desaparición de la comunalidad iconográfica trans-cultural. Su reemplazo, tradiciones estilísticas locales, también sería una consecuencia obvia de ese colapso y

la manifestación del desplazamiento del control político de las elites consolidadas desde espacios simbólicos hacia espacios económicos.

Como se ha visto, los cuatro modelos son, como la mayoría de los modelos usados en antropología, *modelos teóricos* (*sensu* Achinstein 1968:212-218) con las siguientes características: (a) son un grupo de hipótesis sobre un fenómeno o un sistema de fenómenos; (b) describen un fenómeno o sistema de fenómenos atribuyéndoles una estructura interna que explica sus propiedades; (c) son aproximaciones simplificadas con utilidad limitada; (d) se construyen en un marco amplio de teorías generales; y (e) se formulan y desarrollan con base en analogías existentes entre el fenómeno o sistema de fenómenos desconocido y un fenómeno o sistema de fenómenos conocido (en tanto las leyes que lo gobiernan han sido comprendidas). Más aún, los cuatro son del tipo de modelo teórico que Clarke (1978:31) llamó *modelos analógicos*; en el caso que nos ocupa, estos modelos están basados en analogías histórico-etnográficas, así éstas no sean explícitas sino en un sólo caso (i.e., Gnecco 1996). Aunque podría argumentarse, como se ha hecho por mucho tiempo, que los paralelos histórico-etnográficos son inadecuados para la mayoría de las situaciones arqueológicas —i.e., para aquellas que involucran rangos de comportamiento humano difícilmente visibles en el registro histórico-etnográfico—, el debate es en realidad sobre el uso adecuado o inadecuado de los modelos en general, no sobre el uso de un tipo de modelo en particular (cf. Clarke 1972:40; Dalton 1981).

DATOS FUNERARIOS Y MODELOS EN EL SUROCCIDENTE

El valor de los cuatro modelos discutidos es simple: recorren el velo de misterio que había rodeado a los contextos funerarios del suroccidente y los investiga por medios racionales. Ese velo osciló desde explicaciones basadas en una supuesta homogeneidad cultural (e.g. Plazas y Falchetti 1983) hasta explicaciones basadas en movimientos de poblaciones (invasiones, migraciones) que explicarían la presencia trans-cultural de algunos objetos o rasgos estilísticos.

La diferencia, en ocasiones radical, que puede existir entre modelos contruidos sobre el mismo grupo de datos es normal en la práctica científica; este hecho obedece, desde luego, a la dimensión paradigmática de los modelos (cf. Clarke 1972). Aunque pueden existir, de manera simultánea,

varios modelos contruidos sobre el mismo grupo de datos, su simultaneidad sólo se garantiza si sus propósitos son distintos y, en el caso de los modelos analógicos usados en arqueología, si su base analógica es distinta (Clarke 1972:4). En el caso del suroccidente, sin embargo, el propósito de los cuatro modelos presentados es el mismo: interpretar las prácticas funerarias como prácticas políticas en el seno de formaciones complejas. Sus bases analógicas no se pueden analizar puesto que sólo en un caso (Gnecco 1995a) se hacen explícitas.

Que un modelo sea abandonado o transformado a medida que se allega nueva información es parte de la rutina de la ciencia. Lo que no puede ser rutinario es que un modelo pretenda reemplazar la realidad que explica. No importa qué tan limitado esté por lo que Clarke (1972:5-10) llamó "modelos controladores", el modelo no puede convertirse en una cárcel. Un modelo puede ser útil en el empleo de ideas abstractas pero puede conducir a errores si no se usa de manera crítica, si se lo usa como un hecho y no como una ficción (Aicken 1984:78). La única forma de que esto no ocurra es mediante su evaluación (esto es especialmente cierto cuando varios modelos compiten por la explicación de un mismo aspecto con un mismo grupo de datos, como en el caso que me ocupa). La evaluación de modelos es de dos tipos: lógica y empírica. En términos lógicos un modelo puede ser evaluado por su precisión y parsimonia (Achinstein 1968:214; Clarke 1972:4). Una verificación empírica, en cambio, se realiza comparando las expectativas del modelo con el mundo fenoménico (cf. Clarke 1972:3-4). Como han indicado Drennan (1994) y Gnecco (1996), la verificación empírica de estos modelos propuestos para interpretar los datos funerarios del suroccidente debe hacerse a partir de evidencias distintas de las prácticas funerarias en que se basan (e.g., grandes obras públicas no funerarias, el desarrollo de sistemas agrícolas más productivos, agregación demográfica). Un procedimiento contrario es necesariamente tautológico¹. Además, como ha señalado Drennan (1994), la dimensión política de las prácticas funerarias es ideológica: la declaración pública que expresan oculta, más que aclara, los procesos sociales de los que son parte. Otras líneas de evidencia no sólo permiten escapar de argumentaciones circulares sino que, en este caso específico, permiten verificar de manera más directa informaciones que pueden estar mediadas por un velo ideológico.

¹ Una circularidad aún más grave ha sido señalada por Clarke (1972:41): los datos etnográfico-históricos contenidos en modelos analógicos de esa clase han sido usados muchas veces en la validación de los modelos. Sólo los datos arqueológicos pueden poner a prueba la utilidad de un modelo en la explicación de un problema arqueológico.

Los cuatro modelos discutidos tienen algo en común: todos consideran que el surgimiento de sociedades complejas en el suroccidente de Colombia no involucró control económico alguno por parte de las elites emergentes sino el manejo de un espacio simbólico, ideológico más precisamente. Esta hipótesis, tan contraria a las consideraciones clásicas sobre el desarrollo de la complejidad social, está siendo paulatinamente aceptada. En este sentido, la formulación de modelos interpretativos sobre las prácticas funerarias en una zona específica de Colombia involucra aspectos generales y básicos de teoría arqueológica, particularmente sobre el surgimiento y desarrollo de sociedades complejas. Esta es, justamente, una característica de los modelos: se construyen en el marco de teorías generales, pero su puesta a prueba puede conducir a la reconsideración de esas mismas teorías, al aportar informaciones nuevas (cf. Clarke 1972:3).

Una conclusión que arroja el análisis de estos modelos es que la dimensión política de las prácticas funerarias no puede entenderse como una variable que cambia de manera simultánea y en la misma dirección que otras variables. En otras palabras, mientras algunas variables (centralización política, control económico, diferenciación de riqueza) pudieron cambiar en una dirección, por ejemplo hacia la complejidad estructural, las prácticas funerarias pudieron haberse simplificado. Esto simplemente quiere decir que los enterramientos complejos (en estructura, en ajuar y en distribución) bien pueden ser iconos de sociedades complejas, pero su ausencia no niega la existencia de ese tipo de organización social. En este sentido, las prácticas funerarias adquieren una determinación histórica que escapa —o, mejor, trasciende— la formulación de modelos rígidos en los que todas las variables marchan en la misma dirección. Incidentalmente, ésta es, en mi opinión, una lección práctica de la síntesis que surge cada vez más de la lucha paradigmática entre Procesualismo y Postprocesualismo: el análisis científico, en cuanto verificable, de fenómenos arqueológicos históricamente determinados. Además, esta multidireccionalidad de los fenómenos arqueológicos asociados con la complejidad social en el suroccidente pone al descubierto una vieja falacia: hablar de “colapso” o “decadencia” cultural simplemente porque alguna de las líneas más abundante y visibles de evidencia arqueológica (cerámica, monumentalidad) se simplifica.

Tanto Gnecco (1996) como Uribe (1994) y, menos explícitamente también Langebaek (1993), ven en las alianzas inter-elites uno de los mecanismos de surgimiento y, quizás, de sostenimiento del poder político en los cacicazgos del suroccidente. Estas alianzas, que debieron haber servido de canal de circulación de “capital simbólico”, tanto material como inmaterial,

pueden ser uno de los elementos estructurantes en las muy largamente postuladas pero poco estudiadas relaciones entre los Andes suroccidentales y las tierras bajas tropicales, tanto amazónicas como pacíficas². De hecho, buena parte de los restos materiales del “capital simbólico” acumulado por las elites y enterrados en sus tumbas proviene de las tierras bajas³, y, si la interpretación de Reichel-Dolmatoff (1990) es correcta, también la iconografía chamanística expresada en varios medios plásticos, sobre todo en orfebrería. Los modelos de Gnecco y Uribe también comparten un aspecto importante: la diferencia de trayectorias entre los cacicazgos colombianos —en el mismo suroccidente en opinión de Gnecco (1996) y entre el suroccidente y los Andes del norte en opinión de Uribe (1994)— se debe a las diferentes formas de control ejercidas por las elites, simbólico en el caso de los cacicazgos inestables y eventualmente atomizados, y económico en el caso de los cacicazgos estables y exitosos.

Este último aspecto marca una diferencia esencial entre los modelos de Gnecco y Uribe, por un lado, y los de Drennan y Langebaek por el otro. Para estos últimos, no hay evidencia de atomización en las sociedades complejas del suroccidente (del Alto Magdalena, en el caso específico de Drennan), sino simplemente un cambio en la forma en que las diferencias de estatus fueron expresadas en el proceso de consolidación del control político de las elites. Drennan (1994), además de ver en los cambios en las costumbres funerarias entre los periodos Clásico Regional y Reciente la evidencia del progresivo desarrollo institucional de las formaciones sociales del Alto Magdalena, aduce un incremento absoluto de población y una concentración en pocos núcleos poblacionales en el valle de La Plata hacia el final de la secuencia de esa zona que, evidentemente, no se compadece con la hipótesis de sociedades atomizadas. Langebaek (1993) cree que la desaparición de objetos foráneos (o con iconografía foránea) de los ajuares de las tumbas de élite y su reemplazo por bienes producidos localmente puede indicar un desplazamiento del control de las elites desde esferas simbólicas a esferas económicas, sin que eso se haya traducido en una regresión de sociedades complejas a sociedades igualitarias o, en todo caso, con una complejidad menor. Sin embargo, debe ser mejor estudiada, tanto con datos arqueológicos como etnohistóricos, la aparente atomización en algunas formaciones sociales del suroccidente (sobre todo en el Alto Magdalena y Tierradentro) hacia la época del contacto, sugere-

² Una idea similar ha sido desarrollada por Langebaek (1992) para explicar las relaciones entre los cacicazgos Muisca y las formaciones igualitarias localizadas en la periferia de su territorio.

³ Caracoles marinos, maderas, oro, textiles de algodón.

rida por algunos autores (cf. Fried 1953:86-88; Rappaport 1990:34-35). En este sentido, debe ser claro que la propuesta de atomización contenida en los modelos de Uribe (1995) y Gnecco (1996) no es absoluta y no cobija a todas las formaciones sociales del suroccidente, es, más bien, una propuesta que obliga a pensar que la trayectoria histórica de algunas de esas formaciones pudo no haber sido, necesariamente, unidireccional.

En los enterramientos del suroccidente no se han encontrado, hasta ahora, evidencias incontrovertibles de estatus adscritos. Esto, que bien puede no ser una evidencia negativa sino el resultado de investigaciones limitadas, ha servido a Drennan (1994) y a Uribe (1994) para sugerir que la existencia de bienes de elite en algunos enterramientos y la monumentalidad de algunos de ellos expresan solamente estatus adquiridos. Esta es una hipótesis importante que debe ser explorada de manera más detallada porque su confirmación —i.e., sociedades complejas sin estatus adscritos— haría replantear uno de los postulados básicos sobre la complejidad. Alternativamente, es posible que lleguemos a percibir un sobredimensionamiento en la percepción que hemos tenido de las sociedades complejas del suroccidente: tal vez no eran tan complejas como suponemos y no eran más que sociedades igualitarias con líderes temporales tipo “big men”, o tal vez sí eran realmente complejas pero no hemos buscado los indicadores de complejidad adecuados. Esto último parece ser parcialmente cierto: los datos sobre crecimiento y concentración demográfica en el valle de la Plata, por ejemplo, sugieren niveles de concentración demográfica difícilmente alcanzables por sociedades igualitarias. Otra alternativa sería que los datos funerarios en el suroccidente esten mostrando la transición entre sociedades igualitarias a complejas.

En suma, las prácticas sociales, económicas y políticas de los formaciones complejas del suroccidente de Colombia bien pueden no tener análogos específicos históricos o contemporáneos, pero esto no quiere decir que no podamos construir modelos que las expliquen a partir de grupos politéticos histórico-etnográficos (*sensu* Clarke 1978). En este sentido, el análisis debe privilegiar “atributos centrales” (*sensu* Dalton 1981). La escogencia de éstos es, desde luego, paradigmática, pero la evaluación de los modelos no puede serlo. El uso de modelos que expliquen esas prácticas no puede esperar a que haya una acumulación cuantitativa de datos. Los modelos son avances cualitativos que, además, enriquecen la práctica arqueológica con su poder predictivo y con la capacidad que tienen, en virtud de las hipótesis que los estructuran, de descubrir nuevos datos o de proponer interpretaciones nuevas de datos ya conocidos.

REFERENCIAS

- ACHINSTEIN, P.
1968 *Concepts of Science: a Philosophical Analysis*. The John Hopkins Press, Baltimore.
- AICKEN, F.
1984 *The Nature of Science*. Heinemann, Londres.
- BINFORD, L.R.
1962 Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28:217-225.
-
- 1972 Mortuary practices: their study and their potential. En *An Archaeological Perspective*, L.R Binford, pp 208- 241. Seminar Press, Nueva York.
- CADAVID, G. y H. Ordoñez
1992 *Arqueología de Salvamento en la Vereda Tajumbina, Municipio de La Cruz (Nariño)*. FIAN, Bogotá.
- CARDALE, M.
1992 La gente del período Ilama. En *Calima: Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*: pp.23-71. Fundación Pro Calima. Bogotá.
- CARDALE, M., Warwick Bray y Leonor Herrera
1989 Reconstruyendo el pasado en Calima. Resultados recientes. *Boletín Museo del Oro*, 24: 3-33.
- CARDALE, M., W. Bray, T. Gähwiler y L. Herrera
1992 *Calima: Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*. Fundación Pro Calima, Bogotá.
- CARDALE, M., S. Morales y O. Osorio
1988 Nota sobre una tumba de cancel hallada en el municipio de Dosquebradas, Risaralda. *Boletín del Museo del Oro* 22:103-116.

CLARKE, D.L.

1972 Models and paradigms in contemporary archaeology. En *Models in Archaeology*, editado por D.L. Clarke, pp 1- 60. Methuen, Londres.

1978 *Analytical Archaeology* (Segunda edición). Methuen, Londres.

CUBILLOS, J.C.

1945 Arqueología de Rioblanco (Chaparral, Tol.). *Boletín de Arqueología* 1(6):519-534.

1980 *Arqueología de San Agustín: El Estrecho, El Parador y Mesita C.* FIAN, Bogotá.

1986 *Arqueología de San Agustín: Alto de El Purutal.* FIAN, Bogotá.

DALTON, G.

1981 Anthropological models in archaeological perspective. En *Pattern of the Past: Studies in Honor of David Clarke*, editado por I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond, pp 17-48. Cambridge University Press, Cambridge.

DRENNAN, R.D.

1991 Prehispanic chiefdom trajectories in Mesoamerica, Central America, and northern South America. En *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, editado por T. Earle, pp 263-287. Cambridge University Press, Cambridge.

1994 Mortuary practices in the Alto Magdalena: the social context of the "San Agustín Culture." En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, editado por T.D. Dillehay. Dumbarton Oaks, Washington.

DRENNAN, R.D., L.G. Jaramillo, E. Ramos, C.A. Sánchez, M.A. Ramírez y C.A. Uribe

1990 Reconocimiento arqueológico en las alturas medias del Valle de la Plata. En *Memorias V Congreso Nacional de Antropología*,

editado por S. Mora, F. Cárdenas, y M.A. Roldán, pp 117-157.
Icfes, Bogotá.

1991 Regional dynamics of chiefdoms in the Valle de la Plata, Colombia. *Journal of Field Archaeology* 18:297- 316.

DRENNAN, R.D. y D.W. Quattrin

1995 Patrones de asentamiento y organización sociopolítica en el valle de La Plata. En *Perspectivas Regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*: pp. 85-108, editado por C. Gnecco. Universidad del Cauca, Popayán.

DUQUE, L. y J. C. Cubillos

1979 *Arqueología de San Agustín: Alto de los Idolos*. FIAN, Bogotá.

1988 *Arqueología de San Agustín: Alto de Lavapatas*. FIAN, Bogotá.

FLANNERY, K.V.

1967 Culture history v. cultural process: a debate in American archaeology. *Scientific American* 217:119-122.

FRIEDE, J.

1953 *Los Andakí, 1538-1947: Historia de la Aculturación de una Tribu Selvática*. Fondo de Cultura Económica, México.

GNECCO, C.

1996 Relaciones de intercambio y "bienes de elite" entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *PreColumbian Exchange in the Intermediate Area of the Americas*, editado por C.H. Langeback y C. Fitzgerald. Universidad de los Andes, Bogotá.

GNECCO, C. y J.R. Martínez

1995 Dos alcarrazas llama en Tierradentro. Remitido al *Boletín del Museo del Oro*.

- HERRERA, L., M. Cardale y W. Bray
1982-3 El hombre y su medio ambiente en Calima. *Revista Colombiana de Antropología* 24. 381-424.
- LANGEBAECK, C.H.
1992 *Noticias de Caciques Muy Mayores*. UniAntioquia- UniAndes, Bogotá.
-
- 1993 Arte precolombino-culturas. *Gran Enciclopedia de Colombia*, Tomo 6, pp 27-42. Círculo de Lectores, Bogotá.
- MEILLASOUX, C.
1978 "The economy" in agricultural self-sustaining societies: a preliminary analysis. En *Relations of Production: Marxist Approaches to Economic Anthropology*, editado por D. Seddon, pp 127-157. Frank Cass and Co., London.
- NAGEL, E.
1961 *The Structure of Science: Problems in the Logic of Scientific Explanation*. Harcourt, Brace and World, Nueva York.
- PATIÑO, D. y C. Gnecco
1992 Ocupación prehispánica del Alto Patía. *Novedades Colombianas* 5:72-91.
- PEREZ DE BARRADAS, J.
1954 *Orfebrería Prehispánica de Colombia. Estilo Calima*. Talleres Heraclio Fournier, Madrid.
-
- 1958 *Orfebrería Prehispánica de Colombia. Estilos Tolima y Muisca*. Jura, Madrid.
- PLAZAS, C.
1978 Orfebrería prehispánica del altiplano nariñense, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 21:197- 244.

1983 Gold objects from Primavera: links between Calima, San Agustín and the Cauca valley. *Pro Calima* 3:40-42.

PLAZAS, C. y A.M. Falchetti

1983 Tradición metalúrgica del suroccidente colombiano. *Boletín del Museo del Oro* 14:1-32.

RAPAPORT, J.

1990 *The Politics of Memory*. Cambridge University Press, Cambridge.

REICHEL-DOLMATOFF, G.

1987 *Arqueología de Colombia: un Texto Introductorio*. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

1990 *Orfebrería y Chamanismo: un Estudio Iconográfico del Museo del Oro*. Colina, Medellín.

URIBE, M.V.

1978 Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 21:57- 195.

1994 La orfebrería prehispánica de los cacicazgos andinos colombianos. Manuscrito sin publicar.

1995 Tendencias del desarrollo tardío de los cacicazgos andinos colombianos. En *Perspectivas Regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco, pp 245-262. Universidad del Cauca, Popayán.

URIBE, M.V. y R. Lleras

1984 Excavaciones en los cementerios Protopasto y Miraflores, Nariño. *Revista Colombiana de Antropología* 24:335-379.